

siempre una misma con escasa diferencia, el nuevo progreso de la sensibilidad, y el conocimiento mas profundo de los genios, aumentan la elocuencia de las pasiones, y comunican á nuestras obras literarias un embeleso que no puede atribuirse á la imaginación poética únicamente, y da un singular incremento al efecto suyo.

Los antiguos tenían á diversos hombres por amigos, y no veían en sus mugeres mas que á esclavas criadas para esta triste suerte. Las mas eran casi dignas de ella: su espíritu no adquiría idea ninguna; y su corazón no daba entrada á generosos afectos. De lo cual dimanaba que los poetas de la antigüedad no pintaron en el amor con la mayor frecuencia mas que las sensaciones. Los antiguos no tenían motivo ninguno de preferencia para las mugeres mas que su hermosura, y recibieron muchas este dote de la naturaleza. Conociendo los modernos otras relaciones y vínculos, pudieron ellos solos espresar aquella idea de predilección que cautiva con los afectos del amor la suerte de la vida.

Las novelas, aquellas variadas producciones del talento de los modernos, son un género casi interamente desconocido de los antiguos. Compusieron ellos algunas pastorales, en forma de novelas, que traen su fecha del tiempo en que los Griegos trataban de ocupar los ocios de la esclavitud; pero ántes que las mugeres hubieran creado varios intereses en la vida privada, cautivaban las aventuras particulares poco la curiosidad de los hombres, á los cuales traían embebidos las ocupaciones políticas.

Descubrieron las mugeres en los genios una infinidad de diferencias que la necesidad de dominar ó el temor de verse esclavizadas les hizo descubrir: y revelaron ellas al talento dramático nuevos secretos para conmover. Todos los afectos á que les está permitido entregarse; el temor de la muerte, el pesar de la vida, el ilimitado sacrificio, desmesurada indignación, enriquecen con espresiones nuevas la literatura. No siendo responsables las mugeres, por decirlo así, de si mismas, llegan en sus palabras tan adelante como las

conducen los afectos del alma. La razon fuerte, la nerviosa elocuencia, pueden escoger, pueden ilustrarse en aquellos movimientos en que el corazon humano se manifiesta con abandono. De ello dimana que los moralistas modernos tienen generalmente mas finura y sagacidad en el conocimiento de los hombres, que los moralistas de la antigüedad.

Cualquiera que, entre los antiguos, no podia llegar á la fama, no tenia motivo ninguno de progreso. Desde que somos dos en la vida doméstica, las comunicaciones del espíritu y el ejercicio de la moral existen siempre, á lo ménos en una reducida esfera; se hicieron mas queridos los hijos á los padres con el afecto recíproco que forma el vínculo conyugal; y todos los afectos tomaron el sello de este divino enlace del amor y la amistad, de la estimacion y el atractivo, de la confianza merecida, y de la seduccion involuntaria.

Una edad árida, que la gloria y virtud podian honrar, pero que no debia avivarse

ya con las conmociones del corazon, la vejez se enriqueció con todos los pensamientos de la melancolia; y le fué acordado el traer á la memoria, echar ménos, y amar todavía lo que ella habia amado. Unidos los afectos morales desde la juventud con las ardientes pasiones, pueden prolongarse por medio de nobles vestigios hasta el fin de la existencia, y dejar ver todavía la misma pintura bajo el luto lúgubre del tiempo.

Una sensibilidad pensativa y profunda es uno de los mayores encantos de algunas obras modernas; y no conociendo las mugeres de la vida mas que la facultad de amar, hicieron pasar la dulzura de sus impresiones al estilo de algunos escritores. Leyendo uno los libros compuestos desde la restauracion de las letras, podria señalar en cada página cuales son las ideas de que se carecia, ántes que se hubiera acordado una especie de igualdad civil á las mugeres.

La generosidad, el valor, la humanidad tomaron bajo ciertos aspectos una acepcion diferente. Todas las virtudes de los antiguos

estaban fundadas en el amor de la patria : las mugeres ejercen sus prendas de un modo independiente. La conmiseracion de la debilidad, la simpatía para la desgracia, una elacion de ánimo sin otro fin que el gozo mismo de esta elacion, son mas conformes con su naturaleza que las virtudes políticas. Influidos los modernos por las mugeres, cediéron fácilmente á los vínculos de la filantropía; y entregándose ménos el espíritu á la dominacion de las asociaciones esclusivas, se hizo mas filosóficamente libre.

La única superioridad de los escritores de los últimos siglos sobre los antiguos, en las obras de imaginacion, es el talento de expresar una sensibilidad mas delicada, de variar las situaciones y genios con el conocimiento del corazon humano. Pero ¿cuanto no les sobrepujan los filósofos de nuestros dias en las ciencias, método y análisis, generalizacion de las ideas, y enlace de las consecuencias! Tienen ellos el hilo que pueden seguir cada dia sin estraviarse nunca.

El raciocinio matemático es, como las

dos mayores ideas de la alta metafísica, el espacio y la eternidad. Añádanse millares de leguas, multiplíquense algunos siglos; cada cálculo es recto, y el término indefinido. El mayor paso que haya hecho el ingenio humano, es el renunciar al acaso de los sistemas, para abrazar un método capaz de demostracion; porque no hay conquista ninguna para la felicidad general, mas que las verdades que han llegado á la evidencia.

La elocuencia finalmente, aunque ella carecía sin duda, entre los modernos, de la emulacion de los paises libres, adquirió sin embargo, por medio de la filosofía y melancólica imaginacion, un nuevo carácter cuyo efecto es eficacisimo.

No pienso que, entre los antiguos, ningun libro, ningun orador hayan igualado, en el arte sublime de conmover las almas, á Bossuet, á Rousseau, á los Ingleses en algunas poesias, ni á los Alemanes en algunas frases. Es menester atribuir á la espiritualidad de las ideas cristianas, y á la melancólica verdad de las filosóficas, aquel arte

de dar entrada, aun en el exámen de un asunto particular, á reflexiones afectuosas y generales, que embargan todas las almas, despiertan todos los recuerdos, y atraen al hombre todo entero en cada interes del hombre.

Los antiguos sabian animar los argumentos necesarios á cada circunstancia; pero en nuestros días están los espíritus tan apurados con la sucesion de los siglos sobre los intereses individuales de los hombres, y aun quizas sobre los intereses instantáneos de las naciones, que el escritor elocente tiene necesidad de subir siempre mas arriba, para llegar á la fuente de los afectos comunes á todos los mortales.

Sin duda es necesario llamar la atencion con la pintura presente y circunstanciada del objeto para el que uno quiere conmover: pero el recurso á la piedad no es irresistible mas que cuando la melancolía sabe generalizar tan bien como la imaginación supo pintar.

Los modernos debieron reunir á aquella

elocuencia que lleva la mira única de arastrar, la elocuencia del pensamiento, de que la antigüedad no nos presenta mas que á Tácito por modelo. Montesquieu, Pascal, Maquiavelo, son elocuentes con una sola espresion, con un epíteto palpable, con una imágen trazada rápidamente, cuyo fin es aclarar la idea, pero que engrandece tambien lo que ella esplica. La impresion de esta especie de estilo podria compararse con el efecto que produce la revelacion de un gran secreto; nos parece tambien que han precedido muchos pensamientos al que se nos espresa, que cada idea se refiere á algunas profundas meditaciones, y que una palabra nos permite de repente dirigir nuestra vista hácia las inmensas regiones que el ingenio ha recorrido.

Ejerciendo los filósofos antiguos una magistratura de instruccion, por decirlo así, entre los hombres, tenian siempre por fin la doctrina universal; descubrian los elementos, sentaban las basas, y no dejaban nada atras; no tenian todavía que preservarse contra

aquella infinidad de ideas comunes, que es menester indicar en el camino, sin fatigarlos representándolas. Era imposible que ningun escritor de la antigüedad pudiera tener la menor conformidad con Montesquieu; y ninguna cosa debe compararsele, si no se malograron los siglos, si las generaciones no se sucedieron en balde, y si el género humano recogió algun fruto de la larga duracion del mundo.

El conocimiento de la moral debió perfeccionarse con los progresos de la razon humana. La demostracion filosófica, en el órden intelectual, es mas particularmente aplicable á la moral. No es necesario comparar las virtudes de los modernos con las de los antiguos, como hombres públicos; pues solo en los paises libres existen generosas relaciones y constantes deberes entre los ciudadanos y la patria. Los hábitos ó preocupaciones, en los paises gobernados tiránicamente, pueden inspirar tambien á menudo algunos actos sobresalientes de valor militar; pero el penoso y continuo zelo de

los empleos civiles y virtudes legislativas, el sacrificio desinteresado de toda su vida á la causa pública, no pertenecen mas que á la profunda pasion de la libertad. Conviene pues examinar los progresos de la moral en las prendas privadas, en los afectos filantrópicos, y en algunos escritos superiores.

Las máximas reconocidas por los filósofos modernos contribuyen mucho mas á la felicidad particular que las de los antiguos. Las obligaciones impuestas por nuestros moralistas se componen de bondad, simpatía, piedad, y afecto. La obediencia filial era ilimitada. El amor paternal es mas vivo entre los modernos; y vale mas sin duda que entre el padre é hijo, aquel de los dos que debe ser el bienhechor, sea al mismo tiempo aquel cuyo afecto es mas vehemente.

No es posible sobrepujar á los antiguos en el amor de la justicia; pero ellos no habian dado entrada á la beneficencia en los deberes. Las leyes pueden precisar á la justicia, pero únicamente la opinion general puede formar de la bondad un precepto, y

excluir de la estimacion de los hombres á una criatura insensible á la desgracia.

Los antiguos no pedian á los demas mas que el abstenerse de perjudicarles; y deseaban únicamente que se desviaran de *su sol* para dejarlos á ellos mismos y á la naturaleza. Un afecto mas dulce da á los modernos la necesidad del socorro, del apoyo, del interes que ellos pueden infundir; y formáron una virtud de cuanto puede servir para la felicidad reciproca, para las consolatorias relaciones de los individuos entre sí. Los vínculos domésticos están cimentados con una libertad razonable; y el hombre no tiene ya legalmente ningun derecho arbitrario sobre su semejante.

Entre los antiguos pueblos del Norte, algunas lecciones de prudencia y habilidad, varias máximas que prescribian un imperio sobrenatural sobre su propio dolor, se colocaban entre los preceptos de la virtud. La importancia de las obligaciones está mucho mejor clasificada entre los modernos; las relaciones con nuestros semejantes ocupan el

primer puesto; lo que nos concierne á nosotros mismos merece considerarse mas particularmente, con respecto al influjo que podemos tener sobre la suerte de los otros. Lo que cada uno debe hacer para su propia felicidad, es un consejo y no un mandato; la moral no le forma al hombre un crimen del dolor que él no puede ménos de resentir y manifestar, sino del que por sí mismo ha causado.

Últimamente lo que la moral del Evangelio y la filosofía predicán igualmente, es la humanidad. Se aprendió á respetar profundamente el don de la vida; la existencia del hombre, sagrada para el hombre, no inspira ya aquella especie de indiferencia política, que algunos antiguos creían poder reunir con verdaderas virtudes. La sangre se estremece á la vista de la sangre; y el guerrero que arrostra contra sus propios peligros con la mas perfecta impasibilidad, se honra de estremecerse al dar la muerte. Si algunas circunstancias pueden hacer temer que una condenacion sea injusta, que la cuchilla de las leyes haya hecho parecer á

un inocente, las naciones enteras oyen con espanto las quejas elevadas contra una irreparable desgracia. El terror causado por un suplicio no merecido se prolonga de generacion en generacion; se habla de una semejante desgracia á los niños; y cuando el elocuente Lally, veinte años despues de la muerte de su padre, solicitaba la rehabilitacion de sus manes, cuantos jóvenes no habian podido ver ni conocer jamas á la victima en cuyo favor se reclamaba, vertian lágrimas, se sentian conmovidos, como si el horrendo dia en que la sangre se habia derramado injustamente, no pudiera cesar nunca de estar presente á todos los corazones.

Así caminaba el siglo hacia la conquista de la libertad; porque la vaticinan las virtudes. ¡Triste de mí! como echar á un lado el doloroso contraste que hiere tan vivamente en la imaginación! Un crimen resonaba durante una larga serie de años; y hemos visto innumerables crueldades, casi en el mismo tiempo cometidas y olvidadas! Y el mayor, el mas noble, y el mas elevado de

los pensamientos humanos, la república, prestó su sombra á estas execrables maldades! Ah! cuanta dificultad cuesta el desechar estos tristes cotejos! Siempre que el curso de las ideas nos conduce á reflexionar sobre el destino del hombre, se nos aparece la revolución; en balde nos trasladamos en la mente á las lejanas playas de los tiempos que pasaron; en balde queremos considerar los sucesos pasados y las obras durables bajo la eterna relacion de las combinaciones abstractas; porque si en estas regiones metafísicas una palabra corresponde á algunos recuerdos, las conmociones del alma recuperan todo su dominio. El pensamiento no tiene ya entonces fuerzas para sostenernos; y es necesario caer de nuevo sobre la vida.

No nos rindamos sin embargo á este abatimiento. Volvamos á las consideraciones generales, á las ideas literarias, á cuanto puede distraer de los afectos personales; los cuales son muy fuertes, muy dolorosos, para pintarlos. Un cierto grado de conmocion puede animar el talento; pero la pena

larga y pesada ahoga el genio de la expresión; y cuando el dolor se ha convertido en estado habitual del alma, pierde la imaginación hasta la necesidad de pintar lo que ella experimenta.

---

## CAPITULO X.

---

### *De la Literatura italiana y española.*

Los mas de los antiguos manuscritos, los monumentos de las artes, todos los vestigios finalmente del esplendor y luces del pueblo romano, existian en Italia. Eran necesarios sumos dispendios, y la licencia de la autoridad pública, para hacer en este particular las indispensables investigaciones. De ello dimana que la literatura volvió á parecer desde luego en aquel país, en que podian hallarse las primitivas fuentes de todos los es-

tudios; y de lo mismo dimana tambien que la literatura italiana comenzó bajo los auspicios de los principes; porque los medios de toda especie, necesarios para los primeros adelantamientos, dependian inmediatamente de los socorros y voluntad del gobierno.

La protección pues de los soberanos de Italia contribuyó mucho á la restauración de las letras; pero ella debió poner obstáculos á las luces de la filosofía; los cuales obstáculos hubieran subsistido, aun cuando la superstición religiosa no hubiera turbado de muchos modos el exámen de la verdad.

Conviene recordar aquí de nuevo el sentido que he aplicado constantemente á la palabra filosofía en el curso de esta obra. Llamo filosofía, la investigación del principio de todas las instituciones políticas y religiosas, la análisis de los caracteres y sucesos históricos, finalmente el estudio del corazón humano, y de los derechos naturales del hombre. Semejante filosofía supone la libertad, ó debe conducir á ella.

Necesitando de la fortuna y beneplácito

de los principes, los literatos de Italia, para volver á hallar los manuscritos antiguos que debian servirles de norte, estaban mas distantes que en cualquiera otro pais de la especie de independencia necesaria para esta filosofia. Existian infinitas academias y universidades en las ciudades populosas de Italia. Estas asociaciones eran singularmente propias para las tareas eruditas, que debian hacer salir del olvido tantas obras maestras; pero los establecimientos públicos están enteramente sujetos, por su naturaleza misma, á los gobiernos; y los cuerpos son, como las órdenes, clases, sectas, etc., sumamente útiles á un cierto fin designado, pero mucho ménos favorables que los esfuerzos é ingenio individuales para el adelantamiento indefinido de las luces filosóficas.

Añádase á estas consideraciones generales que las largas y pacientes investigaciones que el resúmen y exámen de los antiguos manuscritos exigian, convenian particularmente á la vida monástica; y son los monges, efectivamente, quienes se ocupáron mas activa-

mente en los estudios literarios. Así pues las mismas causas que contribuian á la restauracion de las letras en Italia, se oponian al progreso de la razon natural. Los Italianos siguiéron los primeros la carrera en que el talento humano hizo despues tan inmensos progresos; pero fuéron condenados á no adelantar en el camino que ellos habian abierto.

La poesia y bellas artes embriagan la imaginacion en Italia con sus inimitables encantos; pero los escritores en prosa no son, en general, moralistas ni filósofos; y sus esfuerzos para ser elocuentes no producen mas que exageracion \*. Sin embargo, como es con-

\* Me parece que se opina generalmente que no he alabado bastante la literatura italiana (excepto el Taso, Ariosto, y Maquiavelo, de los que creo haber hablado con el entusiasmo de que son dignos). Si se estableciera la libertad en Italia, no cabe duda en que cuantos sugetos dan actualmente indicias de superiores talentos llegarían en ellos mucho mas adelante todavía. Pero ¿puede tener todo su valor una nacion, en que el pensamiento tiene tan poca independencia, y la emulacion tan poco objeto?

forme con la naturaleza del ingenio humano el ir siempre adelante, los Italianos, á quienes estaba vedada la filosofía, y que en la poesía no podían llegar mas allá del término de perfeccion, limite de todas las artes; los Italianos, repito, se ilustráron por medio de los notables progresos que ellos no cesáron de hacer en las ciencias. Despues del siglo de Leon X, despues del Ariosto, y el Taso, su poesía retrocedió; pero tuviéron á Galileo, Cassini, etc.; y recientemente todavía, infinitas invenciones en física los asociáron á la última perfeccion intelectual del género humano.

La supersticion trató ciertamente de perseguir á Galileo; pero viniéron á su socorro muchos príncipes de la Italia misma. El fanatismo religioso es enemigo de las ciencias y artes, igualmente que de la filosofía; pero los tronos absolutos ó la aristocracia feudal fomentan á menudo las ciencias y artes, y no aborrecen mas que la independendencia filosófica.

En los países dominados por el sacerdocio,

se halláron reunidos á veces todos los males y preocupaciones; pero la diversidad de los gobiernos, en Italia, aligeraba el yugo sacerdotal, dando lugar á varias rivalidades de estados ó príncipes, que aseguraban la independendencia limitadísima de que las artes y ciencias necesitan. Despues de haber afirmado que únicamente en las ciencias caminó la Italia progresivamente, y suministró su tributo á las luces del género humano, examinemos en cada ramo del entendimiento del hombre, en la filosofía, elocuencia y poesía las causas de los aciertos y defectos de la literatura italiana.

La subdivision de los estados, en un mismo país, es comunmente favorable para la filosofía: lo cual tendré ocasion de esplanar al hablar de la literatura alemana. Pero, en Italia, esta subdivision no produjo su efecto natural; cargando la tiranía sacerdotal sobre todas las partes del país, destruyó la mayor parte de las felices resultas que debe producir el gobierno confederativo, ó la separacion y existencia de los estados reducidos. Hubiera

valido mas quizas que la nacion se hubiera reunido bajo un solo gobierno; sus antiguos recuerdos se hubieran despertado así mas pronto, y la idea de su fuerza hubiera avivado la de su virtud.

Aquella infinidad de principados, feudal ó teocráticamente gobernados, se entregó á diversas guerras civiles, á partidos y facciones; y todo ello sin provecho para la libertad. Los genios se depravaron con los odios particulares, sin engrandecerse con el amor de la patria; y se familiarizó uno con el asesinato, al mismo tiempo de sujetarse á la tiranía. Al lado del fanatismo existía la incredulidad á veces, pero nunca la sana razon.

Habitados frecuentemente los Italianos á no creer nada y profesarlo todo, se ejercitaron mucho mas en las burlas que en el raciocinio. Se mofan de su propio modo de ser. Cuando quieren renunciar de su talento natural, del don cómico, para ensayar la elocuencia oratoria, tienen casi siempre afectacion. Los recuerdos de una grandeza

pasada, sin idea ninguna de grandeza presente, producen lo agigantado. Los Italianos hubieran tenido alguna magestad, si formara la mas profunda tristeza su genio; pero cuando privados de todo lustre nacional y libertad política los sucesores de los Romanos, son todavía uno de los pueblos mas alegres de la tierra, no pueden tener ninguna elevacion natural. Quizas por antipatia á la exageracion italiana mostró Maquiavelo una tan espantosa simplicidad en su modo de analizar la tiranía, quiso que el horror del crimen naciera de la esplanacion misma de sus máximas; y llevando muy adelante el de la apariencia misma de la declamacion, lo desprecio dejó hacer todo al juicio interior del lector. Las reflexiones de Maquiavelo sobre Tito Livio son muy superiores á su *Principe*. Son estas reflexiones una de las obras en que el talento humano manifestó mas profundidad. Semeljante libro se debe todo entero al ingenio del autor; no tiene él relacion ninguna con el distintivo general de la literatura italiana.

Los disturbios de Florencia habian contri-

buido sin duda á dar mas energia al pensamiento de Maquiavelo; pero me parece sin embargo que estudiando sus obras, se conoce que ellas pertenecen á un hombre único por su naturaleza en medio de los demas hombres. Escribe como para sí solo; el efecto que él debe producir, no le ha ocupado jamas. Diria uno que el autor no pensaba nunca en sus lectores; y que, partiendo de algunos puntos acordados con su propio pensamiento, tenia por cosa inútil el declararse á sí mismo sus opiniones.

Podemos acusar á Maquiavelo de no haber previsto los malos efectos de sus libros; pero lo que no creo, es que un hombre de semejante ingenio haya abrazado la teoria del crimen. Esta teoría es muy corta é impróvida en sus mas profundas combinaciones.

Una infinidad de historiadores italianos, y aun los dos mejores, Guicciardini y Fra-Paolo, no pueden compararse con los de la antigüedad, ni, entre los modernos, con los historiadores ingleses. Son eruditos; pero no profundizan las ideas ni á los hombres; sea

que hubiera realmente peligro, bajo los gobiernos italianos, en juzgar filosóficamente las instituciones y genios; sea que á este pueblo, en otros tiempos tan grande y ahora tan envilecido, le importunaran, como á Rinaldo en Armida, cuantos pensamientos pudieran turbar su descanso y diversiones.

Parece que la elocuencia del púlpito hubiera debido existir en Italia mas que en ninguna otra parte, supuesto que es el pais mas entregado á la dominacion de una religion positiva. Sin embargo este pais no presenta nada bueno en esta especie, mientras que la Francia puede gloriarse de los mayores y mas primorosos talentos en esta carrera. Los Italianos, exceptuando una cierta clase de hombres doctos, son para la religion, como para el amor y libertad; son amantes de la exageracion en todo, y no experimentan el verdadero afecto de nada. Son vengativos, y serviles sin embargo; son esclavos de las mugeres y no obstante esto les son ajenos los afectos profundos y durables del corazon. Son miserablemente supersti-